

Para la historia de la Academia de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México

Septiembre de 1990

Redactó Juan Parent J.

Advertencia

Este texto fue redactado en abril de 1989, por lo que la información aquí presentada carece de la actualidad inmediata. Es de saberse que entre la fecha de la primera redacción y la fecha de hoy, la Facultad ha pasado por un proceso de elección en primer término y luego por un proceso de designación por parte del Consejo Universitario. Estos hechos marcaron profundamente la Academia de Filosofía de la que se habla en las páginas que siguen. El lector entenderá que estos acontecimientos no pudieron aparecer en esta última versión.

Nuestra narración es un mosaico de noticias traídas directamente para la historia por los actores aún vivos de la Academia de Filosofía y de la Facultad de Humanidades. El mismo redactor fue testigo de una buena mitad del proceso que aquí se relata por lo que van con sus palabras las interpretaciones que su vivencia de los hechos, su amistad con las personas, sus dificultades y penas le han proporcionado.

Hablar solamente de la Academia de Filosofía es un imposible dada la interrelación permanente e intrínseca de las varias academias o sistemas educacionales de la Facultad de Humanidades. Aparecen así personajes que no son estudiantes ni

maestros de filosofía pero que juegan un papel importante dentro del conjunto que se narra.

Los hechos empiezan desde antes de la fecha formal que ahora recordamos en este vigésimo quinto aniversario y se relatan no en forma lineal sino en los progresos y los retrocesos que la dinámica de los testimonios impone.

En 1964, la Doctora Josefina Vélez de Garduño es nombrada Directora de la Escuela de Pedagogía, creada para dar a los catedráticos universitarios la debida preparación docente. La Doctora Vélez era psicóloga y tenía una maestría en pedagogía con especialidad en psicología y en pedagogía. Cuando tomó el cargo encontró una escuela muy debilitada. Algunas especialidades sólo tenían un grupo y no todos los grupos eran del mismo año.

Como en ese entonces la Universidad empezaba a existir como tal, las autoridades académicas consideraron que era necesario crear una escuela de humanidades, corazón de una universidad que se respeta. La Dra. Vélez buscó ilustración en la UNAM donde había cursado sus estudios superiores y al año de haber ingresado ella, en 1965, se creó la mencionada escuela, llamada de Filosofía y Letras. La Dra. Vélez se acuerda también que parte de su formación la recibió de los maestros José Vasconcelos y Antonio Caso.

La especialidad en filosofía fue pensada por el Dr. Fernando Salmerón con un plan traído de Europa, de duración de cuatro años. Desde el inicio, se crearon los dos años básicos y dos años de especialidad. Ellas eran filosofía, historia de México y local, y letras y literatura española.

Fueron 45 los maestros que vinieron de México para impartir las materias. Eran de dos categorías: los maestros huéspedes que sólo dictaban conferencias y los maestros de base que venían dos veces a la semana y recibían un sobresueldo muy atractivo: se les pagaba como si vinieran todos los días y recibían viáticos. Entre los más renombrados contamos con Rosario Castellanos y su esposo (en

aquel entonces), el Dr. Ricardo Guerra, filósofo, Salvador Novo, León Portilla, Carmona Menclares, Solís Quiroga, Juan Mora. En filosofía se recuerda en particular a Carlos Pereyra, a Roger Bartra y a su hermano Armando que dictaba el seminario de tesis. Y, por supuesto, el "muy querido" Ermilo Abreu Gómez y su esposa Margarita Paz Paredes. Los más jóvenes habían conquistado su plaza por oposición en México, y los mayores eran todos de gran trayectoria. Entre los maestros de Toluca estuvo el profesor Javier Romero Quiroz para la materia de historiografía y para la clase de latín, Gustavo G. Velázquez.

El plan universitario se demostró ser más versátil que el anterior, simple copia del sistema normal y, por esta misma razón, muy rígido; sin embargo muchos de los que salieron en aquel entonces se incorporaron a la Escuela Normal Superior.

Las actividades académicas se llevaban a cabo en el actual edificio de rectoría en las alas sur y poniente donde ahora está la Dirección de Difusión Cultural.

La Dra. Vélez ocupó la dirección de la escuela hasta el año de 1972. Durante este periodo, tuvo como secretaria a la maestra Guadalupe Lechuga y, desde el año de 1970, tuvo como secretario al profesor Alfredo Peruyero, posgraduado en España, y tres ayudantes en las secretarías. Uno de ellos fue un maestro de apellido Nájera que es recordado con agrado porque era más humano que el mismo Peruyero. En ese mismo año, el Rector Garduño hizo su reforma en la que la escuela tomó el nombre de Instituto de Humanidades.

De esta época es de recordar a Teresa Jarquín que siguió los estudios en México hasta el doctorado y ahora es secretaria general del Colegio Mexiquense y a María del Carmen Reyes. También está Elvia Montes de Oca, en Filosofía, que ahora es investigadora en el Colegio Mexiquense después de haber sido directora de la escuela preparatoria del Instituto Tecnológico de Monterrey en el Campus Toluca.

Una de las primeras salidas recordada con gozo por sus protagonistas fue aquella en que Ermilo Abreu Gómez, la Dra. Vélez y varios alumnos asistieron al Congreso de Filosofía que se celebró en Guadalajara. Abreu Gómez representaba una opción de izquierda ya que durante el 68 pronunciaba discursos (o arengas) en los camiones para concientizar a los pasajeros.

Un gran maestro también fue Michel Antochu, francés de origen, antropólogo que trabajaba al mismo tiempo en el departameto de Higiene Mental que se fundó en aquel entonces en la ciudad de Toluca, con la Dra. Vélez y su esposo.

Los conferenciantes invitados no se dirigían solamente a los alumnos de la facultad sino que había un buen entendimiento con el entonces director de *El Sol de Toluca*, que presentaba ante el público los logros de la universidad y en particular de la escuela de Humanidades, y anunciaba las conferencias que reunían a un gran público de la ciudad. Se enseñó el náhuatl para que los estudiantes de historia pudieran hacer sus prácticas entre la población indígena monolingüe.

Después de las primeras generaciones, los egresados pelearon las plazas y se perdió la calidad académica de los grandes maestros a favor de jóvenes maestros aún sin experiencia.

En 1965, al inicio del Instituto de Humanidades, ingresó Ricardo Rivera López. De esta primera generación también se conoce a José Martínez Pichardo que fue el único preparatoriano que terminó la carrera. Había hasta 74 estudiantes en un solo grupo, entre los que salieron 7 estudiantes de filosofía.

Una anécdota de Ricardo Rivera es que ganó el primer premio de disfraces, concurso celebrado en el patio poniente de Rectoría y organizado por la FEU, por su arreglo femenino. Era la época de las perradas... Filosofía y Letras le ganó también en una ocasión similar, pero esta vez en deporte,

contra los estudiantes de Leyes que se volvieron enemigos acérrimos.

Se recuerda que los normalistas federales, especialmente los de Tenerife, aportaron aires nuevos entre el alumnado hasta esas fechas muy sumiso. Se creó un ambiente de participación política y de reivindicación. Su situación era difícil porque venían de pueblos a veces lejanos, ya cansados y con hambre. Por eso se luchó tanto para que se crearan los comedores estudiantiles.

Caso singular, que ya anunciaba la Dra. Vélez, el 28 de septiembre de aquel año, la última calificación fue entregada a la secretaria del Instituto y el lunes 7 de octubre, Ricardo Rivera era maestro de lógica y de introducción a la filosofía, con un mediotiempo. En esta ocasión ingresó también con otro medio tiempo Nicolás Rodríguez Nieto, ex seminarista, para la clase de latín, que posteriormente tomara el cargo de secretario académico del Instituto; también se incorporó en iguales condiciones Bruno Sánchez Hisojo que fue secretario académico en tiempos de Peruyero y es, hasta hoy, maestro de la academia de Historia.

Los sábados, se jugaba futbolito en el patio poniente de Rectoría. Salomón Vázquez Varela era quien daba los balones y Raúl Zárate Machuca, el guía espiritual del grupo, jugaba con los estudiantes. Zárate Machuca era secretario general de la Universidad y hacía de puente entre los alumnos de Humanidades y el Rector. Era como una protección ante la actitud dura del Rector Ortiz que corría a esos "corrientitos", que así los veían a los de Humanidades.

Francisco Zaballa Omaña fue director en función de la facultad desde 1970. Su elección se dio en términos inusitados. En reuniones (asambleas) de maestros se discutió la candidatura de cada uno de ellos, finalmente quedaron en que el más indicado, un poco tímido, más bien académico, era Francisco Zaballa y, por estas razones, para poner paz, se le nombró sin intervención de la autoridad;

fue un elegido por la escuela, no por la autoridad, subrayan con orgullo los testigos presenciales. Genaro Vázquez, maestro en la actualidad en la Academia de Filosofía, era alumno en aquel entonces. El plan de estudios era anual. El maestro Sergio Archundia daba clases de lógica moderna, de ética, de estética y de epistemología. Provenía de la Preparatoria, recomendado por el Dr. García Máynez que lo presentó ante el Rector de entonces Jorge Hernández García. Sigue en sus mismas cátedras, con el mismo éxito, hasta el día de hoy. Secretario administrativo de este director fue Ricardo Rivera, quien afirmaría más tarde: "mi madre, Humanidades; mi hija, la Prepa 2".

La mayoría de los estudiantes, normalistas rurales, sufrían un férreo control por parte de sus profesores y sentían la liberación en el medio universitario. Reinaba un ambiente de guerrilla porque Fidel Castro aún se encontraba en sus inicios en Cuba, a tal grado que ciertas reuniones políticas se llevaban a cabo en el cerro para crear un ambiente adecuado. Las pintas de camiones eran frecuentes, la suspensión de clases también. Los alumnos traían una información vaga sobre la doctrina política, pero recibían un adoctrinamiento en el interior de la facultad, no en las clases, pero sí en el medio. La relación con el exterior era nula y la facultad parecía más una insula con fama de liosa. El Rector dejaba hacer siempre que no exageraran, desde su punto de vista; hasta que lo colmaron.

Uno de los hechos que provocaba la ira de los estudiantes y sus protestas era la utilización del salón del penthouse para fiestas por parte del Rector, los sábados por la tarde cuando ya no había nadie en el edificio. Hasta existe la memoria de una boda que se celebró ahí. El local era muy bonito, adornado con candiles. Los mismos salones de clases tenían sillas acogedoras y sillones de calidad (caoba) para los maestros, mucho mejor que en las escuelas preparatorias. Todo este material desapareció sin que se supiera qué había pasado con ello.

No había biblioteca, sino un salón consagrado a la conservación de unos pocos libros.

Los egresados se colocaban en las preparatorias cuando tenían buenos promedios, pero más en las escuelas normales que precisamnete en esa época (el Gobernador era el profesor Carlos Hank González) se multiplicaron: de tres pasaron a más de 50.

La titulación no era necesaria porque los normalistas tenían el trabajo asegurado. Por otra parte, "los estudiantes eran unos diletantes de tiempo libre" y no hay que olvidar tampoco la actitud de los maestros que tenían celo de su trabajo profesional; se protegía al gremio. Los maestros venidos de México no querían responsabilizarse en dirigir tesis.

Imperaba un ambiente jacobino, en el sentido de que se enfrentaban grupos cerrados sobre sí mismos: los que seguían la línea de Trotsky, los estalinistas... Por ejemplo, en ciertas juntas debía esperarse hasta media hora antes de que se aceptara al presidente de la mesa: "que ya fue", "que lo hizo muy bien", "¿por qué no tú?"...

Hubo manifestaciones de envidia cuando el Presidente Luis Echeverría buscaba acompañantes para ir a China. David Velázquez, de geografía, fue uno de los elegidos, Hank González también, Gobernador del Estado, se reunió con varios estudiantes y los convenció de que dejaran de molestar: premió con un viaje a Europa a Víctor Manuel Hernández Colín, miembro eminente del llamado Comité Central, para seguir la moda de la Unión Soviética aún estalinista.

Manuel Velázquez Mejía entró en la Academia de Filosofía en 1971 y fue coordinador de ella en 1973. Lo precedió en el cargo el Lic. Martínez Contreras. Dio clases de los Presocráticos y de filosofía moderna y contemporánea.

Dos boletines se publicaron en esa época: *Reflexión* (mensual o bimensual), tal vez unos 40 números, hasta el fin de la carrera de la generación 72-76 y *Ocurrencias y sugerencias*, 3 o 4 números. Acerca de esta última publicación no hubo modo de pre-

cisar sus características. Se habla también de una publicación periodística titulada *Humanitas*.

Los maestros se contrataban en forma por demás elemental. Ignacio Sosa se integró a la academia porque vio un cartel que se había pegado en los muros de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El Dr. Adolfo Sánchez Vázquez envió a Toluca a José Blanco recién llegado de Francia, que no le parecía útil entre sus Pares.

Fueron maestros eminentes de la época: Carlos Pereyra en Filosofía Contemporánea, especialmente el existencialismo, y filosofía de la ciencia, durante 2 ó 3 años; Michel Antochu con antropología filosófica, Martínez Contreras que le sucedió en la misma cátedra. Hugo Padilla daba un curso de introducción a la filosofía y lógica metamática. De Antochu se sabe que era un buen maestro, pero poco comprometido con la facultad. Más adelante José Blanco que se conoce como docto en su exposición, dicta cátedras magistrales, una de las cuales ha sido su curso sobre Nietzsche y otro sobre Heidegger que recuerdan los alumnos de los años 1976-1980 y exige una atención sostenida porque su lógica y la coherencia de su argumentación son precisas y exactas. Distraerse en su curso era fatal para el alumno que en este caso perdía el contenido de la exposición. A su lado también el maestro Ignacio Sosa, muy jocoso, pero sabía mostrar a los alumnos su pobreza de conocimientos, su falta de lecturas. Impregnó el ambiente de un interés por los estudios latinoamericanos. Ambos eran puntuales y nunca faltistas. Otro maestro importante era Sergio Archundia, dedicado a la epistemología. Jorge Martínez Contreras y Alfredo Tecla fueron bien evaluados por los alumnos. El primero dio mucha precisión en los conceptos aún confusos para varios estudiantes recién llegados a estas disciplinas y enseñó el rigor del trabajo intelectual, el segundo por su crítica social y su enseñanza del marxismo. Tecla es uno de los maestros que más influyeron en la orientación hacia el marxismo en la Academia de Filosofía. Sin embargo, aunque

fuera miembro del Partido Comunista -era sabido de todos- no intentó crear una célula en la facultad. Los que ingresaron al Partido lo hicieron mucho más tarde, prácticamente cuando cambió la Ley Electoral en 1978. Los estudiantes tenían una actitud escéptica ante los partidos y la afiliación se dio primeramente en el sindicato. Es de notarse también que en tal sindicato había poco trabajo en la base y la pugna (entre trotskistas y comunistas) se daba en forma elitista: alcanzar los puestos de mando.

En aquel entonces apareció también Ariel Ortega que dictaba una clase de filosofía de la ciencia, pero como se comprobó con el tiempo, acostumbraba dictar unas pocas clases brillantes, pero no era un maestro de labor permanente. En los años 75-76 dictó una clase sobre Pitágoras y otra sobre Descartes.

Muy recordados también son Juan Mora Rubio, colombiano, que venía de Puebla a dar clases de historia de la filosofía y sobre Hegel y Roger Bartra, los marxismos.

Temas importantes fueron la clase de introducción a la filosofía de Martínez Contreras que planteó los grandes problemas clásicos de la filosofía; fue un curso muy bueno pero no hubo continuidad. Tecla dejó honda impresión por los temas de marxismo que eran muy debatidos. Fue sobre todo el materialismo histórico ya que filosofía marxista como tal, no la había.

La primera junta general, que luego se llamaría asamblea general, se celebró para plantear el problema suscitado por un plan de antropología filosófica escrito por Antochu, basado en los criterios marxistas. La idea fue rechazada por el Secretario Académico, Nicolás Rodríguez, y el Director Peruyero, licenciado en Letras, proveniente del Estado de Veracruz, tuvo que renunciar. El esquema dibujado en el pizarrón por Antochu hablaba de la toma de la ciudad, lo que asustó a Gobernación por su parecido con las acciones guerrilleras. Se cuenta

que el Lic. Peruyero despidió a Antochu por extranjero y a Martínez Contreras por hijo de españoles... todos los extranjeros eran de la C.I.A. (!). En esta junta general, Héctor Gutiérrez Becerril le pasó la pluma al director para que públicamente renunciara, lo que hizo. Se exigió la libertad de cátedra para enseñar el marxismo, no aceptado globalmente por la sociedad toluqueña de entonces, porque parecía que Antochu quería imponer el marxismo y hacer de todos los estudiantes unos comunistas. Además de este acontecimiento, que tal vez haya sido el encendido de la mecha, muchas eran las quejas contra el Director Peruyero: desorden en la administración, falta de programa, apoyo a ciertos maestros, ausencia de respuesta a las demandas de los estudiantes...

No están ausentes del proceso los maestros Roger Bartra y Rubio Mora que también abrieron horizontes hacia el marxismo y una lectura de Marx.

Manuel Velázquez enseñó la fenomenología de la religión, y, si bien había sido introducido al marxismo desde antes, tuvo que enriquecer sus conocimientos con lecturas apropiadas: Bruno Bauer, el esquema hegeliano, los textos de Marx.

Buenos alumnos de la época fueron María del Consuelo (Chelo), Retana y José Luis Jaime (Pepenicho).

En esos años se intentó, sin bases, abrir las cátedras a oposición y en la materia de filosofía IV concursaron la alumna Chelo y el Lic. Herrejón Peredo que finalmente se quedó con la titularidad; a la compañera Chelo se le dio una cátedra.

No se conocían las actividades académicas extra curriculares. Por varios años, en efecto, se dio mayor importancia a la cuestión política que a la académica. De 1973 en adelante empezaron a darse algunas actividades. Alberto Saladino se acuerda de una audición de la Primera Sinfonía de Beethoven y un quinteto de alientos interpretando música medieval. Lo poco que en esta área se llevó a cabo fue ocultado por las muchas asambleas de estu-

diantes. Una conferencia magistral fue dictada por el maestro Arqueles Vela sobre literatura clásica. No hubo contacto directo con la sociedad, sino hasta los años 1975 cuando los estudiantes asesoraban a los sindicatos para que se hiciera la revolución. Se apoyó en particular a los trabajadores de la Flecha Roja donde por poco se creaba un sindicato independiente, y también a los choferes urbanos de Toluca.

En los años 75-76, empezaron las actividades de investigación de campo. Los alumnos salían a levantar encuestas y a entrevistar a la gente; visitaron también algunos centros arqueológicos. Este antecedente quedó en la memoria colectiva de varios maestros de filosofía que ven con recelo o prudencia las sugerencias de investigación de campo en filosofía, para que no se vuelva a caer en estos métodos empíricos, poco apreciados en esta disciplina.

En la misma Facultad se oían grupos musicales, como fue el CLETA, con música folclórica y mucha música de protesta.

Alberto Saladino se acuerda también que el profesor Sosa sí se relacionaba con otros miembros de la Universidad y con personas del sector oficial. Pero este maestro fue la atracción de un público extraño a la facultad. No se le conocía apuntes y sus clases eran más bien informales, pero su contenido llamaba la atención: tenía oyentes venidos de la ciudad además de los alumnos regulares.

El tronco común fue una iniciativa del Rector Ortiz Garduño que trajo tal idea de cuando fue presidente de la ANUIES. Nacida en EE.UU., para crear las llamadas salidas laterales, evitar la desertión y fomentar la especialización, esta idea se aplicó también en Medicina en la misma época.

Para el Dr. Blanco, que ingresó a la Facultad de Humanidades en 1975, el tronco común no alcanzó los objetivos indicados porque había excesiva dispersión y un exceso de materias dispares. El proyecto, sin embargo, fue bueno, pero hubiera exigido

una mayor estructuración. Para Ruperto Retana también la concepción de tronco común fue buena porque daba una visión globalizadora de las humanidades y, a nivel personal, propició la cohesión y mejores relaciones. Desgraciadamente, la parte común del plan de estudios era demasiado larga en relación con la parte especializada.

Es útil notar que el Rector Ortiz Garduño apoyó la Facultad de Humanidades y que fue tolerante con ella; sin embargo a consecuencia de los movimientos estudiantiles se distanció. Hubo una pugna pública en declaraciones a la prensa contra la Facultad considerada como un todo, pero, en particular, contra Bustamante que era el enemigo principal. Se dio también una campaña de desprestigio interna a la Universidad contra el Instituto. De todos modos en varias ocasiones visitó la facultad. En una de ellas para presentar su proyecto de salidas laterales. Se le conoció como un hombre hábil para convencer a su auditorio.

La opinión de Saladino es que el tronco común (tres semestres comunes y cinco de especialidad) fue de provecho académico, permitía discernir la carrera, especialmente para los egresados de la Normal que no sabían a ciencia cierta hacia dónde orientarse.

Saladino entró a la facultad en septiembre de 1973, y cursó con geografía, historia y letras. Había un propedéutico de tres meses porque la mayoría de los estudiantes eran egresados de las Escuelas Normales, como lo era él mismo. En la generación de 1972 (Retana), sólo hubo 2 bachilleres de los cuarenta alumnos que formaban el grupo. Uno de los maestros sobresalientes de la época fue el profesor Gurola, geógrafo (topólogo de renombre nacional). Estudiaron con él y fueron estudiantes sobresalientes, Saladino y Marcelino Ruiz que había empezado en Ingeniería, porque deseaba estudiar la física o las matemáticas. Al no encontrar esta salida académica, se orientó hacia la filosofía. Es en ese año de 1972 cuando el Instituto de Humanidades

dades se instaló en la torre que debía ser de Rectoría, pero que no gustó al Rector Ortiz y la dedicó a nuestra facultad.

Sobre ese edificio habría que hablar largamente, es una parte importante en el proceso de existencia y definiciones de la Facultad de Humanidades: los salones eran oscuros, sin ventanas (sólo ventilas altas), las especialidades estaban separadas por piso, había que subir hasta el penthouse para ir a la biblioteca o a las juntas (asambleas) o a los exámenes recepcionales... Por supuesto, en el primer entrepiso se pintó una gran figura de Marx que sigue ahí hasta la fecha, a pesar de los cambios ocurridos.

Se creó, a instancias de la Academia de Filosofía, la Maestría en Estudios Latinoamericanos con la acción de Pedro Olascoaga que ostentaba una maestría en 1973. Se trajo también al Dr. Raúl Olmedo. Augusto Isla entró primero como alumno y posteriormente se encargó con brillo de la Coordinación de esta maestría. Reanudó la tradición de los grandes maestros venidos de México. El provenía, con una licenciatura en Derecho, de la Universidad de Querétaro.

En estas mismas fechas se publicaron dos números de una revista de filosofía: "Revisión filosófica" apoyada económicamente por el Rector Mercado Tovar gracias a la acción o a la presencia de Manuel Velázquez. Desgraciadamente, no siguió publicándose por los altos costos que representaba y porque ciertas razones de otra índole no obligaban a rectoría.

Francisco Zavalla Omaña era en esos años solamente encargado de la dirección porque no tenía título, era pasante de Letras Clásicas, sucedió a Peruyero. En opinión de Saladino, no podía tener el cargo porque a la vez era director de la Escuela Preparatoria de Atlacomulco por la mañana y de la Facultad por la tarde. Fue una persona digna de ocupar el cargo, respetuoso de cada quien, tenía una fuerte preparación intelectual. Tal vez deba

decirse que le faltó autoridad para dirigir la institución y se quedó a cierta distancia de las bases, dejó las manos libres al Lic. Manuel Velázquez que, como Secretario de la Facultad, tomó las riendas hasta ocupar el cargo, tampoco obtuvo el nombramiento de Director, por su carácter eclesástico, en la transición de la época del rector Barrera, al rector Mercado, pasando por el interinato del Lic. Huitrón. En diciembre de 1977, Manuel Velázquez se alejó de la facultad para continuar sus estudios superiores en Roma y en Alemania. La Facultad quedó acéfala durante dos meses, hasta que se eligió al Lic. Herminio Núñez Villavicencio contra el Lic. Carlos Herrejón Peredo no suficientemente integrado políticamente a la escuela.

Héctor Gutiérrez, ya nombrado, es un alumno del que debe hablarse. Ocupó un lugar si no académico, sí político. Egresado de la Facultad de Derecho se inscribió en la Academia de Turismo que, en parte por su influencia, se integró a la Facultad de Humanidades en 1974. Caso difícil de entender, ya que esta escuela dependería más bien de la Facultad de Administración de Empresas, pero, al darle el nombre de turismo social, pudo acercarse a una facultad con la que nunca se integró. Turismo era una escuela dentro de una facultad, jamás fue una academia como las demás.

En torno al alumno Gutiérrez Becerril se celebraron muchas sesiones del Consejo de Gobierno; llegó a demandar a la Universidad por problemas laborales y fue maestro en la Academia de Turismo durante algunos semestres.

Y aquí es el momento de referirme a un acontecimiento que marcó de algún modo la vida de la Academia de Filosofía. Alberto Saladino, actual Director de la facultad, tuvo un accidente el día 7 de enero de 1975, en el que un camión de la línea de Xonacatlán le quebró una pierna, parte por imprudencia del chofer (se sabe que esta línea tiene fama de permitir carreras entre sus unidades), parte por el apresuramiento del alumno.

Este accidente se incrustó en el movimiento estudiantil ya en marcha. En efecto, desde el año de 1974, lo que había sido la Sociedad de Alumnos se transformó en un Comité Central que guiaba a los estudiantes en acciones callejeras contra el alza de los pasajes, en un inicio, pero poco a poco la facultad adquirió renombre y la gente del pueblo, hasta individuos solitarios, venían a pedir la intervención de los estudiantes para defender sus derechos violados.

En efecto, en aquel entonces, las "asambleas" eran frecuentes y la ocasión de actuar sobre una sociedad conservadora no se dejó pasar: había que rescatar los derechos del herido. Así es como el Comité Central organizó el secuestro de camiones para exigir el pago de indemnizaciones. Se logró entonces un pago de 60,000 pesos, entregados en otra asamblea general, el pago de todos los gastos de hospitalización y curaciones y el retirar todas las demandas en contra de los secuestradores. Apunta Saladino que su sindicato de maestros no hizo nada y sólo las presiones de los estudiantes fueron eficaces: la justicia por propia mano. El periódico El Noticiero publicó amplia información sobre el caso.

En aquel entonces nació el grupo Reflexión con los hermanos Porfirio y Braulio Millán, Genaro Vázquez, Retana, Pepenicho (cuyo nombre, José Luis, sólo se utilizó hacia los años 1978)... La toma de conciencia había empezado con la caída de Peruyero y de alguna manera se reforzó con el accidente de Saladino, aunque por esos años Saladino no era un alumno activo aunque sí un alumno bueno.

Es necesario reportar en esta ocasión otro accidente del mismo tipo que sufrió la alumna María de la Luz y que se resolvió del mismo modo.

Dos grupos se repartían las responsabilidades: los "activos" (cuyo apodo no puedo transmitir), Genaro Vázquez, Héctor Gutiérrez y Luis, llamado Piedras y los "pasivos", los que hablan y crean la conciencia: Fulgencio Bustamante, Retana, José Luis. El Comité Central contaba también con los Gerardo Meza,

también apodado por sus características personales, muy capaz para dirigir las asambleas, Jaime Gutiérrez Becerril, hermano de Héctor, estudiante de psicología, Pilar Gallegos que luego fue Directora de la Facultad de Ciencias de la Conducta, Iralis Favela y Arturo, llamado el Chirris. Pero los grupos se dividieron y hubo oposiciones manifiestas entre los editores de un boletín que editaba una parte y los de los volantes que repartía la otra. Dos caricaturistas se hicieron famosos: Luz del Carmen y Pastor. Francisco Javier Beltrán era redactor, pero después de todos estos movimientos se fue a la Universidad de Guerrero con Ramón (Trotsky) y Bustamante.

Interpretar estos hechos no es cosa fácil. Y es aquí el lugar para eliminar un mito sobre los alcances de la Academia de Filosofía en relación al marxismo. Muy bien lo apunta el Dr. Blanco, los estudiantes entran en la Facultad sosteniendo ya la ideología marxista, no se forman a este pensamiento dentro de las aulas. Sin embargo existe la opinión de que la escuela preparatoria da esta misma orientación, de modo especial en los cursos de introducción a la filosofía. La actividad política, por consiguiente, no es fruto de un aprendizaje teórico o una toma de conciencia social. La postura de muchos estudiantes marxistas es confusa, pero estos estudiantes influyen para que prevalezca su posición en su escuela y así convalidar lo sabido o corregir, tal vez, lo ya asimilado por otros caminos. El origen de los estudiantes provenientes de las escuelas normales que, es conocido, son represoras ("como una primaria para gente grande" afirma una entrevistada), al entrar en un medio más liberal, es también normal que la búsqueda de nuevas vías de cambio se haga sentir. Por ejemplo se recuerda que F. Bustamante, tan agredido y desautorizado por el Rector Ortiz Garduño, había tenido la experiencia del Corpus del 71 en el D.F., Ramón Espinoza, el Trotsky, también era gente experimentada en la agitación político-social (agit-prop en su discurso). Se conjugaron en los estudiantes, la orientación marxista

(no había cursos de marxismo) y la experiencia de organización interna en la facultad para preparar a los militantes del Partido Comunista y de los partidos de izquierda que nacieron posteriormente.

En 1975, se celebró en Morelia el primer Coloquio mexicano de filosofía al que asistieron los alumnos del último año, Retana entre ellos, José Luis... El Dr. Blanco representó a la facultad, pero no presentó ninguna ponencia. El maestro Sosa sí leyó una ponencia en esa ocasión. Se tomaba conciencia de la existencia de la filosofía en otras partes de la República, pero poca fue la influencia de este encuentro académico sobre la vida de la Universidad del Estado, ni sobre la Facultad de Humanidades.

En otra ocasión este mismo grupo de último año recusó a los maestros Carlos Herrejón Peredo, Ricardo Rivera y Felipe Garduño por haberse interpretado mal su opinión acerca del movimiento estudiantil. Fueron vistos como "reaccionarios". Uno de los activistas fue el llamado Trotsky que, anécdota, se compró anteojos parecidos a los del revolucionario ruso. En la misma época, algunas alumnas consideraron que tenía más importancia para ellas el relacionarse del mejor modo con ciertas autoridades de rectoría. Los alumnos de la época se acuerdan del nombre de Isis y de Elvira.

En 1977, se celebró en la Facultad un Simposio sobre filosofía en el que se establecieron contactos con la UNAM por iniciativa de Manuel Velázquez y de Francisco Sosa; intervinieron el Dr. Leopoldo Zea y su esposa Eugenia Rodríguez, el Dr. Abelardo Villegas, la Dra. Margarita Vera, el Dr. Enrique Dussel, el profesor Ariel Ortega. El Dr. Blanco también intervino con una ponencia titulada: "La noción de ideología y la crisis de la metafísica". En esa ocasión, Isla polemizó con Villegas acerca del fin de la filosofía, en la línea de Althusser y Ortega contra Dussel sobre si existe la determinación de la sociedad sobre la ciencia. Ariel sostenía que no existía

tal condicionamiento. De hecho y de nueva cuenta, poca influencia tuvo tal acontecimiento sobre la vida de la academia, vistos los hechos a la distancia de más de diez años. Parece que se reforzó el interés por los estudios latinoamericanos.

Sin embargo, empezaron a gestarse cambios en el interior de la academia hasta 1977 cuando se marcó una nueva apertura aunque todavía populista. Se reestructuró el plan de estudios que ahora era de cuatro años enteros para la especialidad. Los primeros Coordinadores fueron el Dr. Blanco y el maestro Ignacio Sosa. En este nuevo plan se daba una visión global de las corrientes filosóficas y se abría una posibilidad para cierta especialización. El Dr. Blanco no se convenció de la calidad del cambio porque se hizo de manera atropellada. La división de las áreas se dio no con base en conceptos filosóficos sino en corrientes de opinión. Un peligro amenazaba: la polarización de la enseñanza. Ocurrió precisamente este fenómeno que hasta la fecha sufrimos en la Academia de Filosofía: los estudiantes eligen una área o dos y se limitan a estudiar sus contenidos, desconociendo por completo las otras dimensiones de la filosofía. Más aún, algunos alumnos manifiestan que existía una verdadera negación por parte de los estudiantes del área marxista hacia los llamados metafísicos o idealistas. Preguntan: ¿Hasta dónde ha sido positivo para los estudios de filosofía la libre elección de las materias? Se observa que varios estudiantes confinados en una sola área se tornaron dogmáticos y hasta "fanáticos" (palabra recogida en una entrevista). Hubiera convenido mayor número de materias obligatorias para crear un clima de profundidad en los conocimientos. Es de apuntar, sin embargo, que esta posición no es aceptada por una corriente dentro de la Academia de Filosofía que considera que todas las filosofías se han acabado con Hegel y que ahora la única filosofía es el marxismo. Ante esta postura no se concibe, sino como un favor, el que se abran otras cátedras. La intención que se perseguía entonces fue la de evitar los antagonismos ideológicos, dan-

do lugar a diversas tendencias. Un poco improvisado, no fue un proceso suficientemente largo y la división que conocemos hasta hoy es más bien superficial y simplemente da lugar al desarrollo de diversas ideologías.

El Dr. Blanco fue Coordinador de la Academia desde 1976 y vivió el cambio desde dentro, tuvo por secretario (que no eran auxiliares como los actuales, sino sólo un apoyo ocasional) en la persona del Lic. Ignacio Sosa. Por sugerencias de la misma Academia de Filosofía, el Dr. Blanco redactó un reglamento interno que fue discutido y aprobado por la academia. Desgraciadamente no tuvo vigencia y cayó en el olvido al parecer cuando el Lic. Sosa pasó a ser coordinador, puesto que dejó rápidamente porque sus ocupaciones en México le exigieron abandonar la U.A.E.M. Acerca del reglamento interno de la academia es necesario aclarar que, por una parte, se ha guardado la costumbre de que el auxiliar pasa a ser coordinador para que exista una continuidad en el proceso de orientación de la academia y, por la otra, que con la llegada de Mercado Tovar a rectoría, se redactaron las leyes y los reglamentos de la Universidad, por lo que el reglamento interno que, aparentemente, pretendía regir la contratación de los maestros se obsoletizaba: el departamento de personal se encargaba de las contrataciones. Fue el final de los sindicatos independientes Sutesuaem y Situaem, para dar lugar a las Asociaciones: la Faapa, para los maestros, hasta la fecha regidora de las relaciones laborales de los docentes con la Institución.

Más adelante sucedieron en el cargo de coordinadores, el Lic. Ruperto Retana, el Lic. Gerardo Rodríguez, el Lic. José Garcilazo, el Lic. Juan Monroy, la maestra Esthela Rubí. En el periodo de Retana, se modificó el plan de estudios, fue una adecuación; entre otros cambios se instalaron más seminarios de tesis, se excluyeron materias que se repetían entre sí o estaban ya presentes en el tronco básico (la fenomenología, de dos cursos en el plan anterior,

desapareció: error que apenas ahora podemos apreciar a su justo valor por la importancia de esta corriente en la filosofía actual). Una gran novedad fue el señalamiento de los objetivos generales y la redacción de los contenidos de los cursos. En el plan anterior sólo se conocía un gran cartel hecho de cuadros en los que aparecían sin referencias ni descripción el nombre de las materias, pero hasta la fecha no se había dado públicamente ningún contenido. En cuanto a la administración de la Academia, no se conocía libro de actas ni nada parecido, los acuerdos quedaban en una hoja de papel que se perdía las más de las veces. Los acuerdos se ponían en práctica, sin importar la continuidad de las decisiones tomadas ni los antecedentes creados. Había una vigilancia natural por parte de todos.

Vinieron más maestros de fuera entre los cuales debe nombrarse al Dr. Najenson que impartió clases en la maestría y dictaba cursos cortos; titulado en Gran Bretaña era un especialista en cuestiones del marxismo. En el otro extremo están los esposos Valqui, maoístas convencidos que crearon no pocos problemas a la academia; se integraron Juan Parent, venido de Lovaina en Bélgica para la materia de fenomenología.

Los alumnos eran en su casi totalidad normalistas, continuando así la tradición de la escuela de pedagogía de la que nació la Facultad de Humanidades. Seguían trabajando en la enseñanza primaria o pasaban a la enseñanza secundaria porque, desde el ingreso a la facultad, los normalistas obtenían la posibilidad de ascender al otro nivel o de obtener un incremento salarial. Saladino García y Marcelino Ruiz fueron los que rompieron con esta tradición. Se cuenta que Sosa exigió a Saladino que se retirara de su docencia en la primaria para que le asesorara la tesis, y así fue. Ambos consiguieron al salir de la facultad un puesto de maestros de filosofía I, en la Preparatoria No. 1, en 1977, Y en la misma época algunos empezaron a ser contratados en la propia

facultad: José Luis, R. Retana, Francisco Alvarez, Rocío Merlos y Genaro Vázquez desde su pasantía que se prolongó por muchos años. La mayoría, sin embargo, siguió dando clases en las escuelas primarias y secundarias, algunos cumplían al mismo tiempo los dos trabajos. Poco después, algunos encontraron trabajo en las oficinas de gobierno y, hasta la fecha, se siguen contratando así.

Notable de este grupo fue también la primera celebración de fin de curso en el Salón Rojo del Club Toluca, condenada, por supuesto, por todos los "revolucionarios" de entonces. Se abría un camino nuevo.

En aquel entonces se crearon los Coloquios de la Facultad de Humanidades. Son una especie de congreso interno en los que se debaten los temas académicos, administrativos y legales. En el primero de ellos, en mayo de 1977, se formularon las primeras leyes internas. Posteriormente se revisaron los trabajos anteriores por lo que han servido de permanente actualización de la institución.

El problema de la titulación se ha mantenido como fantasma en nuestra vida académica. Estudios se hicieron, encuestas se aplicaron, análisis de todo tipo... El Dr. Blanco opina que el motivo económico es el primero por considerarse en este asunto. Desde las aulas y ciertamente como pasantes, nuestros estudiantes trabajan en una ocupación remunerada por su propia necesidad o la de su familia. La tesis se queda para más adelante o para nunca. Aparecía para muchos que la tesis de Filosofía era particularmente difícil, contrariamente (esto es equivocado) a las tesis de historia o de geografía. Otra razón, esta sí académica, es la falta de capacidad para la investigación o porque no hay interés en dedicarse a la investigación. "Los mismos motivos por los que ingresan a la Academia de Filosofía son los que se imponen para que no se haga la tesis". La inscripción no responde a un interés por la filosofía. Desde el aula se reconoce

la falta de interés. No debemos olvidar que en un tiempo ciertas clases se dictaban...

en la cafetería. Esta situación felizmente no es absoluta; son varios los estudiantes que sí se han adentrado en la investigación para la tesis, pero también en estos casos muchas veces los imperativos económicos no dejan que se concluya la obra. En varias ocasiones ha habido intento, unos serios, otros de mera ocupación, de instaurar la investigación. En 1977, en 1982, en 1985... se conocen tales connatos de grupos pequeños de alumnos que, en torno a un maestro, adelantan ciertas lecturas para una reflexión más profunda y libre. Para Retana, el problema de la titulación arranca de una situación social entre los estudiantes del Instituto de aquel entonces. En efecto, en esas fechas no había nadie que se hubiera recibido, ni siquiera en la escuela de pedagogía. No existía la necesidad, ni la exigencia de titularse, por lo que esta meta no pertenecía al mundo académico. Sin embargo, pronto se creó un seminario de tesis, pero no respondía a ninguna necesidad sentida en el alumnado. Por otra parte, es preciso observar que a últimas fechas han sido muchas más las tesis que se han presentado. No podemos aceptar con los ojos cerrados este resultado: la calidad no es lo mismo que la cantidad; no quita que algunas buenas tesis se han presentado últimamente en filosofía.

Hasta el 74, la Academia de Filosofía no estaba presente ni siquiera en la UAEM. Era una escuela muy cerrada sobre sí misma. Los bachilleratos en ciencias sociales estaban administrados por sí mismos y se dictaban clases de filosofía que solamente eran descriptivas de cierta historia de esta disciplina. Los maestros eran en su mayoría pasantes y licenciados de derecho que daban las clases apoyándose más sobre una cultura general o una erudición que sobre una vivencia de la filosofía. Gracias a la presencia del Ing. Jorge Bernáldez, director de la Preparatoria No. 1, se abrieron las puertas para que las facultades intervinieran en la creación de

los planes de estudios de las preparatorias. El maestro Alfredo Olguín, sucesor del ingeniero Hernández, introdujo a los maestros de Humanidades en su escuela para que dieran estas materias, Retana, fue uno de ellos.

La presencia en la sociedad ha sido muy escasa cuando se considera la dimensión académica.

A partir de los años 80 es notable el cambio en las actividades académicas porque los maestros empiezan a publicar libros y a presentarlos en la Facultad. José Blanco presentó así en 1981 su libro *Teoría Kantiana de la Imaginación*, Ariel Ortega y Juan Parent siguieron en los años posteriores hasta que se creó la serie de charlas llamada *Profesores Escritores*, escritores profesores que durante varios años se repitió, para mostrar los avances de la investigación de los maestros de la Facultad.

Globalmente se puede afirmar que los ajustes que se hacen regularmente a los planes de estudios han sido un valor para la Academia de Filosofía que busca una justa adecuación, aún sin encontrarla siempre. Otro resultado positivo es la formación de nuestros propios recursos.

En estos últimos años, la planta docente ha elevado su nivel sustancialmente. Ya los pasantes no imparten cátedra, varios maestros ostentan el grado de maestría y algunos el de doctorado. Las actividades académicas extracurriculares son frecuentes (a decir de algunos, excesivamente frecuentes) en las que escuchamos a los maestros y a los invitados dictar conferencias sobre temas de sus investigaciones.

Lamentable es el hecho de que el número de estudiantes haya descendido tanto. No logramos cubrir las plazas de maestros de filosofía en las escuelas preparatorias, ni en la Facultad. No hemos penetrado de manera significativa en otras facultades para dictar las materias de filosofía como es el caso de jurisprudencia, o de ciencias políticas, o de medicina... No se renueva adecuadamente el personal docente de esta disciplina. La investigación

en filosofía es casi inexistente y las relaciones con el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades son nulas. El contacto con la sociedad toluqueña es aún muy limitada, en el Estado de México, ni se diga. La presencia en la universidad de la "Facultad más importante" del Alma Mater es insignificante.

Dentro de estas dimensiones de apertura, contamos con varios maestros invitados en universidades del país y del extranjero para dictar cursos o conferencias. En los años sabáticos, se han llevado a cabo trabajos serios que enriquecen la docencia.

La Academia de Filosofía debe madurar aún, pero el progreso que esta "historia" nos ha mostrado es garante de un futuro promisorio.

Fueron entrevistados para elaborar este trabajo las personas siguientes, en el orden de su ingreso a la Facultad.

1. Josefina Vélez de Garduño	1964
2. María Elena Bibriesca S.	1967
3. Ricardo Rivera López	1969
4. Sergio Archundia	1970
5. Manuel Velázquez Mejía	1971
6. Ruperto Retana Ramírez	1971
7. Alberto Saladino García	1973
8. José Blanco Regueira	1975
9. Héctor Sumano Magadán	1976
10. Leticia González	1976